LIBRO QUINTO.

CAPITULO PRIMERO.

Entra el ejército en los términos de Tlascala, y alojado en Gualipar, visitan á Cortés los caciques y senadores : celébrase con fiestas públicas la entrada en la ciudad, y se halla el afecto de aquella gente asegurado con nuevas esperiencias.

Hizose noche en la tierra enemiga.

Recogió Hernan Cortés su gente que andaba divertida en el pillage, volvieron á ocupar su puesto los soldados, y se prosiguió la marcha, no sin algun recelo de que se volviese á juntar el enemigo, porque todavía se dejaban reconocer algunas tropas en lo alto de las montañas : pero no siendo posible salir aquel dia de los confines mejicanos, á tiempo que instaba la necesidad de socorrer á los heridos, se ocuparon unas caserías de corta ó ninguna poblacion, donde se pasó la noche como en alojamiento poco seguro : y al amanecer se halló el camino sin alguna oposicion, despojados ya y libres de asechanzas los llanos convecinos; aunque duraban las señas de que se iba pisando tierra enemiga en aquellos gritos y amenazas distantes que despedian á los que no pudieron detener.

Entra el ejército en los términos de Tlascala.

Descubriéronse á breve rato, y se penetraron poco despues los términos de Tlascala, conocidos hasta hoy por los fragmentos de aquella insigne muralla que fabricaron sus antiguos para defender las fronteras de su dominio, atando las eminencias del contorno por todos los parages donde se descuidaba lo inaccesible de las sierras. Celebróse la entrada en el distrito de la república con aclamaciones de todo el ejército. Los Tlascaltecas se arrojaron á besar la tierra, como hijos desalados al regazo de su madre. Los Españoles dieron al cielo, con voces de piadoso reconocimiento, la primera respiracion de su fatiga. Y todos se reclinaron á tomar posesion de la seguridad cerca de una fuente, cuyo manantial se acreditó entónces de saludable y delicado; porque se refiere con particularidad lo que celebraron el agua los Españoles : fuese porque dió estimacion al refrigerio la necesidad, ó porque satisfizo á segunda sed bebida sin tribulacion.

Fuente saludable.

Exhortacion de Cortés á los suyos.

Hizo Hernan Cortés en este sitio un breve razonamiento á los suyos, dándoles á entender : « Cuanto « importaba conservar con el agrado y la modestia el

« afecto de los Tlascaltecas : y que mirase cada uno en la ciudad « como peligro de todos la queja de un paisano. » Resolvió despues hacer alguna mansion en el camino para tomar lengua, y disponer la entrada con noticia y permision del senado : y á poco mas de mediodia, se hizo alto en Gualipar, villa entónces de considerable poblacion, cuyos vecinos salieron largo trecho á dar señas de su voluntad, ofreciendo sus casas, y cuanto fuese menester, con tales demostraciones de obsequio y veneracion, que hasta los que venian recelosos llegaron á conocer que no era capaz de artificio aquel género de sinceridad. Admitió Hernan Cortés el hospedage, y ordenó su cuartel con todas las puntualidades que parecieron convenientes para quietar los escrúpulos de la seguridad.

Hace alto en Gualipar.

Trató luego de participar al senado la noticia de su retirada y sucesos con dos Tlascaltecas : y por mas que procuró adelantar este aviso, llegó primero la fama con el rumor de la victoria; y casi al mismo tiempo vinieron á visitarle por la república su grande amigo Magiscatzin, el ciego Jicotencal, su hijo, y otros ministros del gobierno. Adelantóse á todos Magiscatzin, arrojándose á sus brazos, y apartándose de ellos para mirarle, y cumplir con su admiracion, como quien no se acababa de persuadir á la felicidad de hallarle vivo. Jicotencal se hacia lugar con las manos hácia donde le guiaban los oidos : y manifestó su voluntad aun mas afectuosamente; porque se queria informar con el tacto, y prorumpió en lágrimas el contento, que, al parecer, tomaban á su cargo el ejercicio de los ojos. Iban llegando los demas entre tanto que se apartaban los primeros á congratularse con los capitanes y soldados conocidos. Pero no dejó de hacerse algun reparo en Jicotencal el mozo, que anduvo mas desagradable, ó mas templado en los cumplimientos : y aunque se atribuyó entónces á entereza de hombre militar, se conoció brevemente que duraban todavía en su intencion las desconfianzas de amigo reconciliado, y en su altivez los remordimientos de vencido. Apartóse Cortés con los recien venidos, y halló en su conversacion cuantas puntualidades y atenciones pudiera desear en gente de mayor policía. Dijéronle que andaban ya juntando sus tropas con ánimo de socorrerle contra el comun enemigo, y que tenian dispuesto salir con treinta mil hombres á romper los impedimentos de su marcha. Doliéronse de sus heridas, mirándolas como desman sacrílego de aquella guerra sediciosa. Sintieron la muerte de los Españoles, y particularmente la de Juan Velazquez de Leon, á quien amaban no sin algun conocimiento de sus prendas. Acusaron la bárbara correspondencia de los Mejicanos : y últimamente le ofrecieron asistir á su desagravio con todo el grueso de sus milicias, y con las tropas ausiliares de sus aliados:

Vienen á visitarle sus amigos Magiscatzin y Jicotencal.

Jicotencal el mozo desagradable.

Prevenciones de Tlascala para el socorro.

añadiendo para mayor seguridad, que ya no solo eran amigos de los Españoles, sino vasallos de su rey, y debian por ambos motivos estar á sus órdenes, y morir á su lado. Así concluyeron su conversacion, distinguiendo, no sin discrecion pundonorosa, las dos obligaciones de amistad y vasallage, como que mandaba en ellos la fidelidad lo mismo que persuadia la inclinacion.

Respondió Hernan Cortés á todas sus ofertas y proposiciones con reconocida urbanidad: y de lo que discurrieron unos y otros pudo colegir que no solo duraba en su primero vigor la voluntad de aquella gente, pero que habia crecido en ellos la parte de la estimacion: porque la pérdida que se hizo al salir de Méjico se miró como accidente de la guerra, y quedó totalmente borrada con la victoria de Otumba, que se admiró en Tlascala como prodigio del valor, y último crédito de la retirada. Propusiéronle que pasase luego á la ciudad, donde tenian prevenido el alojamiento; pero se ajustaron fácilmente á conceder alguna detencion al reparo de la gente: porque deseaban prevenirse para la entrada, y que se hiciese con pública solemnidad, al modo que solian festejar los triunfos de sus generales.

Detiénese Cortés en Gualipar.

Tres dias se detuvo el ejército en Gualipar, asistido liberalmente de cuanto hubo menester por cuenta de la república: y luego que se hallaron los heridos en mejor disposicion, se dió aviso á la ciudad, y se trató de la marcha.

Dispónese la entrada en la ciudad.

Adornáronse los Españoles lo mejor que pudieron para la entrada, sirviéndose de las joyas y plumas de los Mejicanos vencidos: esterioridad en que iba significada la ponderacion de la victoria: que hay casos en que importa la ostentacion al crédito de las cosas, ó suele pecar de intempestiva la modestia. Salieron á recibir el ejército los caciques y ministros en forma de senado con todo el resto de sus galas, y numerosa comitiva de sus parentelas. Cubriéronse de gente los caminos: hervia en aplausos y aclamaciones la turba popular: andaban mezclados los víctores de los Españoles con los oprobios de los Mejicanos: y al entrar en la ciudad hicieron ruidosa y agradable salva los atabalillos, flautas y caracoles, distribuidos en diferentes coros, que se alternaban y sucedian, resonando en toques pacíficos los instrumentos militares. Alojado el ejército en forma conveniente, admitió Cortés, despues de larga resistencia, el hospedage de Magiscatzin, cediendo á su porfía por no desconfiarle. Llevóse consigo, por esta misma razon, el ciego Jicotencal á Pedro de Alvarado; y aunque los demas caciques se querian encargar de otros capitanes, se desvió cortesanamente la instancia, porque no era razon que faltasen los cabos del cuerpo de guardia principal. Fué la entrada que hicieron los Españoles en esta ciudad por el mes de julio del año de mil quinientos y veinte;

Galas de los Españoles.

Aparato del recibimiento.

Hospeda Magiscatzin á Cortés, y Jicotencal el viejo á Pedro de Alvarado.

aunque tambien hay en esto alguna variedad entre los escritores; pero reservamos este género de reparos para cuando se discuerda en la sustancia de los sucesos, donde no cabe la estension del poco mas ó ménos.

Fiestas de Tlascala.

Dióse principio aquella misma tarde á las fiestas del triunfo, que se continuaron por algunos dias, dedicando todos sus habilidades al divertimiento de los huéspedes, y al aplauso de la victoria, sin escepcion de los nobles, ni de los mismos que perdieron amigos ó parientes en la batalla: fuese por no dejar de concurrir á la comun alegría, ó por no ser permitido en aquella nacion belicosa tener por adversa la fortuna de los que morian en la guerra. Ya se ordenaban desafíos con premios destinados al mayor acierto de las flechas: ya se competia sobre las ventajas del salto y la carrera: ya ocupaban la tarde aquellos funámbulos ó volatines, que se procuraban esceder en los peligros de la maroma, ejercicio á que tenian particular aplicacion, y en que se llevaba el susto parte del entretenimiento. Pero se alegraban siempre los fines y las veras del espectáculo con los bailes y danzas de invenciones y disfraces: fiesta de la multitud en que se daba libertad al regocijo y quedaban por cuenta del ruido bullicioso las últimas demostraciones del aplauso.

Tenian por dicha el morir en la guerra.

Sus volatines.

Sus bailes.

Fineza de aquella nacion.

Halló Hernan Cortés en aquellos ánimos toda la sinceridad y buena correspondencia que le habian prometido sus esperanzas. Era en los nobles amistad y veneracion lo que amor apasionado y obediencia rendida en el pueblo. Agradecia su voluntad, y celebraba sus ejercicios, agasajando á los unos, y honrando á los otros con igual confianza y satisfaccion. Los capitanes le ayudaban á ganar amigos con el agrado y con las dádivas, y hasta los soldados menores cuidaban de hacerse bien quistos, repartiendo generosamente las joyas y preseas que pudieron adquirir en el despojo de la batalla. Pero al mismo tiempo que duraba en su primera sazon esta felicidad, sobrevino un cuidado, que puso los semblantes de otro color. Agravóse con accidentes de mala calidad la herida que recibió Hernan Cortés en la cabeza: venia mal curada, y el sobrado ejercicio de aquellos dias trujo al cerebro una inflamacion vehemente con recias calenturas que postraron el sugeto y las fuerzas, reduciéndole á términos que se llegó á temer el peligro de su vida.

Los Españoles ganan amigos.

Agrávase la herida de Cortés.

Llegó á peligrar su vida.

Sintieron los Españoles este contratiempo como amenaza de que pendia su conservacion y su fortuna; pero fué mas reparable, por ménos debida, la turbacion de los Indios, que apénas supieron la enfermedad, cuando cesaron sus fiestas, y pasaron todos al estremo contrario de la tristeza y desconsuelo. Los nobles andaban asombrados y cuidadosos, pregun-

Turbacion de los nobles y plebeyos.

tando á todas horas por el teule, nombre, como dijimos, que daban á sus semidioses, ó poco ménos que deidades. Los plebeyos solian venir en tropas á lamentarse de su pérdida : y era menester engañarlos con esperanzas de la mejoría para reprimirlos y apartarlos donde no hiciesen daño sus lástimas á la imaginacion del enfermo. Convocó el senado los médicos mas insignes de su distrito, cuya ciencia consistia en el conocimiento y eleccion de las yerbas medicinales, que aplicaban con admirable observacion de sus virtudes y facultades, variando el medicamento segun el estado y accidentes de la enfermedad : y se les debió enteramente la cura; porque sirviéndose primero de unas yerbas saludables y benignas para corregir la inflamacion y mitigar los dolores, de que procedia la calentura, pasaron por sus grados á las que disponian y cerraban las heridas con tanto acierto y felicidad, que le restituyeron brevemente á su perfecta salud. Ríase de los empíricos la medicina racional : que á los principios todo fué de la esperiencia : y donde faltaba la natural filosofía, que buscó la causa por los efectos, no fué poco hallar tan adelantado el magisterio primitivo de la misma naturaleza. Celebróse con nuevos regocijos esta noticia. Conoció Hernan Cortés con otra esperiencia mas el afecto de los Tlascaltecas : y libre ya la cabeza para discurrir, volvió á la fábrica de sus altos designios, tirar nuevas líneas, dirigir inconvenientes, y apartar dificultades : batalla interior de argumentos y soluciones, en que trabajaba la prudencia para componerse con la magnanimidad.

Llama el senado á los médicos, que consiguieron la cura de Cortés.

Medicina, hija de la esperiencia.

CAPITULO II.

Llegan noticias de que se habia levantado la provincia de Tepeaca : vienen embajadores de Méjico á Tlascala ; y se descubre una conspiracion que intentaba Jicotencal el mozo contra los Españoles.

Venia Hernan Cortés deseoso de saber el estado en que se hallaban las cosas de la Vera Cruz, por ser la conservacion de aquella retirada una de las basas principales sobre que se habia de fundar el nuevo edificio de que se trataba. Escribió luego á Rodrigo Rángel, que, como dijimos, quedó nombrado por teniente de Gonzalo de Sandoval en aquel gobierno : y llegó brevemente su respuesta, mediante la estraordinaria diligencia de los correos naturales, cuya sustancia fué : « Que no se habia « ofrecido novedad que pudiese dar cuidado en la « plaza ni en la costa : que Narváez y Salvatierra que- « daban asegurados en su prision : y que los soldados estaban gus- « tosos y bien asistidos, porque duraba en su primera puntualidad « el afecto y buena correspondencia de los Zempoales, Totonaques « y demas naciones confederadas. »

Escribe Cortés á la Vera Cruz.

Responde Rángel.

Pero al mismo tiempo avisó que no habian vuelto á la plaza ocho soldados con un cabo, que fueron á Tlascala por el oro que se dejó repartido á los Españoles de aquella guarnicion : y que si era cierta la voz que corria entre los Indios de que los habian muerto en la provincia de Tepeaca, se podia temer que hubiese caido en el mismo lazo la gente de Narváez que se quedó herida en Zempoala : porque habian marchado en tropas, como fueron mejorando, con ansia de llegar á Méjico, donde se consideraban al arbitrio de la codicia las riquezas y las prosperidades.

Españoles muertos en Tepeaca.

Puso en gran cuidado á Cortés esta desgracia, por la falta que hacian al presupuesto de sus fuerzas aquellos soldados, que, segun Antonio de Herrera, pasaban de cincuenta ; y aunque fuese menor el número, como lo dice Bernal Diaz del Castillo, no por eso dejaria de quedar grande la pérdida en aquella ocasion, y en una tierra donde se contaba por millares de Indios lo que suponia cada Español. Informóse de los Tlascaltecas amigos, y halló en ellos la misma noticia que daba Rángel, y la notable atencion de habérsela recatado, por no desazonar con nuevos cuidados su convalecencia.

Confirmase esta noticia.

Era cierto que los ocho soldados que vinieron de la Vera Cruz llegaron á Tlascala, y volvieron á partir con el oro de su repartimiento, en ocasion que andaba sospechosa la fidelidad de la provincia de Tepeaca, que fué una de las que dieron la obediencia en el primer viaje de Méjico : y despues se averiguó con evidencia que habian perecido en ella los unos y los otros, en que no dejaba que dudar la circunstancia de haber llamado tropas mejicanas, con ánimo de mantener la traicion. Novedad que hizo necesario el empeño de sujetar aquellos rebeldes, y apartar de sus términos al enemigo : cuya diligencia no sufria dilacion por estar situada esta provincia en parage que dificultaba la comunicacion de Méjico á la Vera Cruz : paso que debia quedar libre y asegurado ántes de aplicar el ánimo á mayores empresas. Pero suspendió Hernan Cortés la negociacion que se habia de hacer con la república para que asistiese con sus fuerzas á esta faccion; porque supo al mismo tiempo que los Tepeaqueses habian penetrado pocos dias ántes los confines de Tlascala, destruyendo y robando algunas poblaciones de la frontera ; y tuvo por cierto que le habrian menester para su misma causa, como sucedió con brevedad ; porque resolvió el senado que se castigase con las armas el atrevimiento de aquella nacion, y se procurase interesar á los Españoles en esta guerra, pues estaban igualmente irritados y ofendidos por la muerte de sus compañeros : con que llegó el caso de que le roga-

Resuelve Cortés castigar esta provincia.

Hállase Tlascala en el mismo empeño.

sen lo mismo que deseaba, y se puso en términos de conceder lo que habia de rogar.

Ofrecióse poco despues otra novedad que puso en nuevo cuidado á los Españoles. Avisaron de Gualipar que habian llegado á la frontera tres ó cuatro embajadores del nuevo emperador mejicano, dirigidos á la república de Tlascala, y quedaban esperando licencia del senado para pasar á la ciudad. Discurrióse la materia en él con grande admiracion, y no sin conocimiento de que se debian escuchar como amenazas encubiertas las negociaciones del enemigo; pero aunque se tuvo por cierto que seria la embajada contra los Españoles, y estuvieron firmes en que no se les podria ofrecer conveniencia que preponderase á la defensa de sus amigos, se decretó que fuesen admitidos los embajadores, para que se lograse por lo ménos aquel acto de igualdad, tan desusado en la soberbia de los príncipes mejicanos. Y se infiere del mismo suceso que intervino en este decreto el beneplácito de Cortés, porque fueron conducidos públicamente al senado los embajadores, y no hubo recato, disculpa ó pretesto de que se pudiese argüir ménos sinceridad en la intencion de los Tlascaltecas.

Enviaron los Mejicanos embajadores á Tlascala.

Decreta el senado que se admitan, con beneplácito de Cortés.

Hicieron su entrada con grande aparato y gravedad. Iban delante los tamenes bien ordenados, con el presente sobre los hombros, que se componia de algunas piezas de oro y plata, ropas finas de la tierra, curiosidades y penachos, con muchas cargas de sal, que allí era el contrabando mas apetecido. Traian ellos mismos las insignias de la paz en las manos, gran cantidad de joyas, y numeroso acompañamiento de camaradas y criados. Superfluidades en que, á su parecer, venia figurada la grandeza de su príncipe, y que algunas veces suelen servir á la desproporcion de la misma embajada: siendo como unas ostentaciones del poder, que asombran ó divierten los ojos, para introducir la sinrazon en los oidos. Esperólos el senado en su tribunal, sin faltar á la cortesía, ni esceder en el agasajo; pero celoso cuidadosamente de su representacion, y mal encubierto el desagrado en la urbanidad.

Entrada y presente de los embajadores.

Ostentacion sospechosa.

Su proposicion fué, despues de nombrar al emperador mejicano con grandes sumisiones y atributos: « Ofrecer de su parte la paz y alianza perpetua entre las dos na- « ciones, libertad de comercio, y comunicacion de intereses, con « calidad y condicion que tomasen luego las armas contra los Es- « pañoles, ó se aprovechasen de su descuido y seguridad para « deshacerse de ellos. » Y no pudieron acabar su razonamiento, porque se hallaron atajados, primero, de un rumor indistinto que ocasionó la disonancia; y despues, de una irritacion mal reprimida, que prorumpió en voces descompuestas, y se llevó tras sí la circunspeccion.

Proposicion de los Mejicanos.

Irritacion del senado.

Pero uno de los senadores ancianos acordó á sus compañeros el desacierto en que se iban empeñando contra el estilo y contra la razon; y dispuso que los embajadores se retirasen á su alojamiento para esperar la resolucion de la república. Lo cual ejecutado, se quedaron solos á discurrir sobre la materia; y sin detenerse á votar concurrieron todos en el mismo sentir de los que habian propalado inadvertidamente su voto; aunque se aliñaron los términos de la repulsa, y se hizo lugar la cortesía en la segunda instancia de la cólera: resolviendo que se nombrasen tres ó cuatro diputados que llevasen la respuesta del senado á los embajadores, cuya sustancia fué: « Que « admitiria con toda estimacion la paz, como viniese « propuesta con partidos razonables, y proporcionados á la con- « veniencia y pundonor de ambos dominios; pero que los Tlascalte- « cas observaban religiosamente las leyes del hospedage, y no acos- « tumbraban ofender á nadie sobre seguro: preciándose de tener « por imposible lo ilícito, y de irse derechos á la verdad de las cosas, « porque no entendian de pretestos, ni sabian otro nombre á la « traicion. » Pero no llegó el caso de lograrse la respuesta: porque los embajadores, viendo tan mal recibida su proposicion, se pusieron luego en camino, llevando tanto miedo, como trujeron gravedad: y no pareció conveniente detenerlos, porque habia corrido la voz en Tlascala de que venian contra los Españoles, y se temió algun movimiento popular que atropellase las prerogativas de su ministerio, y destruyese las atenciones del senado.

Retiranse los embajadores á su alojamiento.

Respuesta del senado.

Escapan los embajadores.

Esta diligencia de los Mejicanos, aunque frustrada con tanta satisfaccion de los Españoles, no dejó de traer algun inconveniente, de que se empezó á formar otro cuidado. Calló Jicotencal el mozo en la junta de los senadores su dictámen, dejándose llevar del voto comun, porque temió la indignacion de sus compañeros, ó porque le detuvo el respeto de su padre; pero se valió despues de la misma embajada para verter entre sus amigos y parciales el veneno de que tenia preocupado el corazon: sirviéndose de la paz que proponian los Mejicanos, no porque fuese de su genio ni de su conveniencia; sino por esconder en este motivo especioso la fealdad ignominiosa de su envidia y dañada intencion. « El emperador « mejicano, decia, cuya potencia formidable nos trae siempre con « las armas en las manos, y envueltos en la continua infelicidad de « una guerra defensiva, nos ruega con su amistad, sin pedirnos « otra recompensa que la muerte de los Españoles, en que solo « nos propone lo que debiamos ejecutar por nuestra propia con- « veniencia y conservacion: pues cuando perdonemos á estos ad- « venedizos el intento de aniquilar y destruir nuestra religion, no « se puede negar que tratan de alterar nuestras leyes y forma de

Jicotencal el mozo mueve conspiracion.

Motivos de su mala voluntad.

« gobierno, convirtiendo en monarquía la república venerable de « los Tlascaltecas, y reduciéndonos al dominio aborrecible de los « emperadores: yugo tan pesado y tan violento, que aun visto en « la cerviz de nuestros enemigos, lastima la consideracion. » No le faltaba elocuencia para vestir de razones aparentes su dictámen, ni osadía para facilitar la ejecucion; y aunque le contradecian y procuraban disuadir algunos de sus confidentes, como estaba en reputacion de gran soldado, se pudo temer que tomase cuerpo su parcialidad en una tierra donde bastaba el ser valiente para tener razon. Pero estaba tan arraigado en los ánimos el amor de los Españoles, que se hicieron poco lugar sus diligencias, y llegaron luego á la noticia de los magistrados. Tratóse la materia en el senado con toda la reserva que pedia un negocio de semejante consideracion, y fué llamado á esta conferencia Jicotencal el viejo; sin que bastase la razon de ser hijo suyo el delincuente, para que se desconfiase de su entereza y justificacion.

Procuran disuadirle sus amigos.

Llegan sus intentos á noticia del senado.

Acriminaron todos este atentado como indigna cavilacion de hombre sedicioso, que intentaba perturbar la quietud pública, desacreditar las resoluciones del senado, y destruir el crédito de su nacion. Inclináronse algunos votos á que se debia castigar semejante delito con pena de muerte, y fué su padre uno de los que mas esforzaron este dictámen, condenando en su hijo la traicion, como juez sin afectos, ó mejor padre de la patria.

Vota Jicotencal el viejo contra su hijo.

Pudo tanto en los ánimos de aquellos senadores la constancia pundonorosa del anciano, que se mitigó, por su contemplacion, el rigor de la sentencia, reduciéndose los votos á ménos sangrienta demostracion. Hiciéronle traer preso al senado; y despues de reprender su atrevimiento con destemplada severidad, le quitaron el baston de general, deponiéndole del ejercicio y prerogativas del cargo, con la ceremonia de arrojarle violentamente por las gradas del tribunal: cuya ignominia le obligó dentro de pocos dias á valerse de Cortés con demostraciones de verdadera reconciliacion: y á instancia suya fué restituido en sus honores, y en la gracia de su padre, aunque despues de algunos dias volvió á reverdecer la raiz infecta de su mala intencion, y reincidió en nueva inquietud, que le costó la vida, como veremos en su lugar. Pudieron ambos lances producir inconvenientes de grande amenaza y dificultoso remedio; pero el de Jicotencal llegó á noticia de Cortés cuando estaba prevenido el daño, y castigado el delito; y el de los embajadores mejicanos dejó satisfechos á los ménos confiados, quedando en uno y otro nuevamente acreditada la rara fidelidad de los Tlascaltecas, que vista en una gente de tan limitada policía, y en aquel desabrigo de los

Viene preso al senado.

Quitanle las insignias de general.

Cortés intercede por él.

Notable fidelidad de los Tlascaltecas.

medios humanos, llegó á parecer milagrosa; ó por lo ménos se miraba entónces como uno de los efectos en que no se halla la razon natural, si se busca entre las causas inferiores.

CAPITULO III.

Ejecútase la entrada en la provincia de Tepeaca: y vencidos los rebeldes, que aguardaron en campaña con la asistencia de los Mejicanos, se ocupa la ciudad, donde se levanta una fortaleza con el nombre de Segura de la Frontera.

Entre tanto que andaba Jicotencal el mozo convocando las milicias de su república, cebado ya en la guerra de Tepeaca, y deseoso entónces de borrar con los escesos de su diligencia las especies de su infidelidad, procuraba Cortés encaminar los ánimos de los suyos al conocimiento de que no se podia escusar el castigo de aquella nacion, poniéndoles delante su rebeldía, la muerte de los Españoles, y cuantos motivos podian hacer á la compasion, y llamar á la venganza. Pero no todos se ajustaban á que fuese conveniente aquella faccion, en cuyo dictámen sobresalieron los de Narváez, que á vista de los trabajos padecidos, se acordaban con mayor afecto del ocio y de la comodidad, clamando por asistir á las grangerías que dejaron en la isla de Cuba. Tenian por impertinente la guerra de Tepeaca, insistiendo en que se debia retirar el ejército á la Vera Cruz para solicitar asistencias de Santo Domingo y Jamaica, y volver ménos aventurados á la empresa de Méjico; no porque tuviesen ánimo de perseverar en ella, sino por acercarse con algun color á la lengua del agua, para clamar ó resistir con mayor fuerza. Y llegó á tanto su osadía, que hicieron notificar á Hernan Cortés una protesta en forma legal, adornada con algunos motivos de mayor atrevimiento que sustancia, en que andaba el bien público y el servicio del rey, procurando apretar los argumentos del temor y de la flojedad.

Dispone la jornada de Tepeaca.

Malcontentos los de Narváez.

Protesta que hicieron á Cortés.

Sintió vivamente Cortés que se hubiesen desmesurado á semejante diligencia, en tiempo que tenian los enemigos, que asistian en Tepeaca, ocupado el camino de la Vera Cruz, y no era posible penetrarle sin hacer la guerra que rehusaban. Hízolos llamar á su presencia, y necesitó de toda su reportacion para no destemplarse con ellos: porque la tolerancia ó el disimulo de una injuria propia es dificultad que suele caber en ánimos como el suyo, pero sufrir en un despropósito la injuria de la razon es en los hombres de juicio la mayor hazaña de la paciencia.

Llámalos á su presencia.

Agradeció como pudo los buenos deseos con que solicitaban la conservacion del ejército; y sin detenerse á ponderar las razones